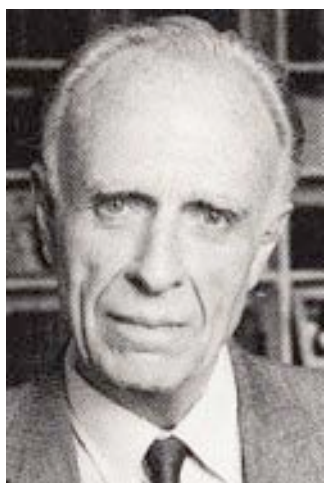


## Cuentos y cuentistas

### H. Bustos Domecq: el otro y el mismo

**H.** Bustos Domecq es el seudónimo que Jorge Luis Borges (1899-1986) y Adolfo Bioy Casares (1914-1999) se inventaron para escribir “a cuatro manos” un conjunto de relatos de deducción detectivesca: *Seis problemas para don Isidro Parodi* (1942). Ambos escritores argentinos fueron creadores de colecciones, antologistas, traductores y estudiosos del género policial, lo que influyó también sus obras individuales. Fuera del género, utilizaron de nuevo el seudónimo para publicar *Dos fantasías memorables* (1946), luego un volumen de textos críticos titulado *Crónicas de Bustos Domecq* (1967); más una postrera colección de relatos, *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* (1977). Todo esto se puede encontrar en un libro que los reúne, publicado bajo el título de *Cuentos de H. Bustos Domecq*.



La H es por Honorio. En el prólogo del primer libro hay una biografía ficticia del “autor” debida a la pluma más bien pesada de una tal Adelma Badoglio, y un prólogo pomposo y descriteriado de otro personaje, Gervasio Montenegro, actor (galán), aficionado a los latinazgos y a la crítica literaria, miembro de la Academia Argentina de Letras (¿?), e imaginario amigo de Bustos. Montenegro aparece también como personaje en varios de los relatos y termina por hacerse amigo de Parodi. Aprovecha por cierto de hacer pasar como propias las hazañas deductivas del héroe.

En una célebre entrevista que dieron en 1977, Borges y Bioy Casares caracterizaron a *piacere* a Bustos Domecq, que con esto adquirió toda la corporeidad de que es capaz un personaje de ficción: lugar de nacimiento, edad, peso, estatura, posición política (entre radical y conservador), gustos en materia femenina y vestuario, psicología (“ventajero, egoísta, tráfuga, mentiroso, fanfarrón, casanova barato”), lecturas, gustos cinematográficos... Discrepaban en su horizonte de vida: mientras Borges considera que “ya es un extinto”, Bioy Casares dice que le “gustaría que viviera mucho tiempo”. El chiste está en que H. Bustos Domecq es una ficción, aunque sus apellidos corresponden a sendos bisabuelos de los escritores. ¿Pero qué hay de uno y qué del otro en este autor bicéfalo? No tiene mayor relevancia, tampoco hay una respuesta tácita. Más interesante es ir por aproximaciones, indagar por ejemplo en el protagonista de los cuentos y en ciertos personajes recurrentes. La escritura a cuatro manos tiene códigos distintos y éstos son los que nos interesa mostrar.

¿Quién es don Isidro Parodi? Pues es un genio de la deducción, como su nombre lo indica. Una parodia de detective, un caso llevado al límite de lo absurdo. Porque don Isidro, antiguo peluquero, se halla en la cárcel, injustamente se afirma; y desde ese lugar inverosímil resuelve casos, que le llevan diversos personajes que saltan de un cuento a otro. Pero tiene filiación, no es el único investigador de misterios un tanto extraño, y recuerda a “La máquina de pensar” de Jacques Futrelle, al caballero Auguste Dupin (Poe), a Max Carrados el detective ciego de Nestor Bramah, al príncipe Zaleski (Shiel), al viejo en el rincón de la baronesa de Orczy. Aunque por ahí andan también el padre Brown de Chesterton, y Nero Wolfe, el gordo bebedor de cervezas creado por Rex Stout. La mofa es rotunda respecto a Parodi, esta “proeza argentina” como dice el prólogo, y

cuya inmovilidad es “todo un símbolo intelectual”. Para completar la broma se afirma que las historias son “un pastiche de orden retórico”.

Superiores son en esta colección “Las doce figuras del mundo” y “Las noches de Goliadkin”, donde hay esoterismo, personajes exóticos, aliño racial y presencia de guiños literarios. Los maestros pergeñan una original trama y los desenlaces son ortodoxos y brillantes. Don Isidro Parodi, lento, bebe mate en su jarrito celeste, se halla bien informado por la prensa, no se agita por nada y maltrata verbalmente a sus “clientes”. “Las doce figuras del mundo” recuerda a narraciones memorables como *El club de los suicidas* de Stevenson o *El club de los negocios raros* de Chesterton, y no desmerece frente a ellas. En “Las noches de Goliadkin”, que transcurre durante un viaje en tren, se remeda a Agatha Christie, sólo que el trayecto es entre Bolivia y Buenos Aires, y el convoy no parece moverse, de tan monótono el paisaje.

No es menos atractivo el cuento “La prolongada busca de Tain An”, donde hay un diplomático chino dueño de una de las verborreas más divertidas, en estilo críptico pseudo oriental, salida de la pluma de Borges y Bioy Casares. Pero la verborrea se transforma en el peor defecto de los restantes tres cuentos del libro; se vuelve tan localista, compadre y abusiva en el uso de la jerga, que el lector extranjero a las provincias argentinas, o extemporáneo a la época, queda medio perdido, amén de aburrido, con tanta sutileza de la fina y de la gruesa. Y esto es fatal para el lector de cuentos policiales, que busca acción y misterio en un marco hedonístico.

Los *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* fue la última entrega de Borges y Bioy Casares en esta serie de escritura a dúo, 35 años después, aunque en esta ocasión con sus nombres. Es una bonita edición, casi artesanal, ilustrada, donde se tocan algunos temas ya sugeridos en el primero. Desarrollan la vena satírica de manera mucho más depurada, aunque hartamente menos amable. La presa principal son los autores de provincia, o lo que es peor, los críticos literarios y la fauna intelectual más o menos pueblerina, palurda a su modo, que existe en todas partes del mundo. Pero también se dedican, estos viejos maldadosos, a hacer la crítica de la crítica que en la metrópoli (provincia grande a fin de cuentas) se hace de los provincianos.

Es la parodia sangrienta de la subliteratura lo que aparece en “Deslindando responsabilidades” (horrible título), y allí las emprenden con un ficticio poeta popular de

finis del siglo XVIII, como para que quede claro que el problema es antiguo, no sólo actual. A los pampinos los agarran en “Las formas de la gloria”; la gloria, algo que persiguen con afán hasta los plumarios más modestos. En “El enemigo No.1 de la censura” es el turno de los suplementos literarios de pueblo. Aquí un mediocre a cargo deja pasar todo, las peores basuras, plagios delincuenciales incluidos, llenando las bodegas de manuscritos impublicados y los espíritus de promesas incumplidas. Al final lo echan por postergar al pariente de un director del diario. “Penumbra y pompa” es uno de los mejores, un relato kafkiano de burocracias y absurdos administrativos, esta vez en torno al intento de despachar unas cartas. El tema de fondo es la inmovilidad pétrea del estado argentino del siglo XX.

En “La fiesta del monstruo” la burla está dirigida contra la política, sobre todo el populismo desenfrenado. El cuento viene escrito en una especie de lunfardo de baja calaña que casi no se entiende, en segunda persona para hacerlo más coloquial. Se asiste al linchamiento brutal de un judío, perpetrado por una masa de desaforados, borrachos y excitados de bronca. Es obvio que todo es contra el peronismo, aunque también contra la necedad característica de cierto período de la vida: “En esta hora preñada de nubarrones, el hombre que no está con la juventud más vale que se quede en el cementerio”. En “Una amistad hasta la muerte” se describe a un mafioso local, amante de la ópera, comilón de pasta y odiado/temido por todos. El personajillo que narra, atrapado en sus redes, termina por cocinarle un gato y luego darle un pastel de madera, lo cual lo lleva a la perdición, era que no.

Particularmente atractivo es “Más allá del bien y del mal”, con el gran tema literario de los cónsules, en esta ocasión ejerciendo en unas remotas termas por allá por los Alpes. Hay un misterio y mucha burla, con unas cartas delirantes como aquellas que acostumbramos los latinoamericanos. A la postre, entre chiste y chiste, una solución sorpresiva. Se trata de una historia criminal perfecta y divertida, con sabias reflexiones, como ésta: “...no tengo nada contra el medio pelo, pero tampoco olvido que soy cónsul y que debo guardar, aunque más no sea, las apariencias”.

Como sea, bien vale devolverle la palabra a nuestro venerado Borges, que alguna vez dijo o escribió (les debemos la cita precisa), al referirse a esta larga colaboración con Bioy Casares: “Como todo transcurría en un ambiente de bromas, los cuentos resultaron

de tal modo embarullados, barrocos, que se hacía difícil comprenderlos”. Valga el descargo, y gracias de nuevo, maestros, por darnos estas incomparables muestras “del arte de la colaboración literaria: la alegría de la amistad y los hallazgos compartidos”.



Los relatos a cuatro manos tienen como principal característica la de divertir más a los escritores que a los posibles lectores. Tenemos experiencia en el tema y por eso somos indulgentes con el, a ratos, verborreico Honorio Bustos Domecq y su abuso de los chistes privados.

*Mauro Yberra*